

# EL MURO

No sé si fué verdad o si es un sueño,  
o si los dos se mezclan, detrás de la memoria,  
para herirme, volviendo ante mis ojos...

...Yo andaba junto a un muro,  
un tristísimo muro de ladrillo,  
de hiladas infinitas que huían a juntarse.

Y era una larga calle de suburbio.  
Agrias gentes volvían, cansadas del trabajo,  
tropezándose, hablando incomprensibles...

Yo andaba a contrarrio, andaba siempre,  
con esa apresurada lentitud de los sueños.  
No se acababa el muro.

Me quedaba el recuerdo muy lejano  
de que al fin de la calle habría una ciudad...

Y las secas hiladas de ladrillo  
fluían, fugitivas, a lo lejos...

Era el ocaso. El muro me envolvía en su sombra  
como un rápido mohó que creciera a su pie.

...¿Quién era yo? ¿Existía acaso un mundo?  
La vida, de repente, era algo extraño...

...Pero en medio de la gris avenida  
una hilera de plátanos  
guardaba en su follaje, como un ave cansada,  
todo el sol de la tarde de septiembre,  
que sacaba a las hojas su amarillez oculta,  
su barrunto de muerte...

Era una luz amada y conocida,  
vieja luz de los días inocentes,  
cuando el mundo era amigo;  
consoladora luz, como nombre de madre,  
como memoria de unas palabras cariñosas,  
o una flor en un libro

que nos hizo llorar cuando éramos felices;  
como las dulces cosas  
de alguien que nos quería y se murió...

Era el sabor de un beso recordado  
que acompaña y calienta al caminante...

Era la gran sonrisa del Señor en la infancia,  
llegada hasta aquel mundo hostil y sin memoria  
como el único hilillo de mi origen,  
al borde de la nada...

...Luego se borró todo de improviso;  
el muro de ladrillo, la avenida,  
la palabra divina entre las hojas...

JOSE M.<sup>a</sup> VALVERDE

# SUSPIROS

I

En el cielo, Señor, tan alto cielo,  
tan alto corazón, tan puras aguas  
para esta sed de tí que me amanece,  
para este día que supura el alba.

¡Mi vida!, desterrada de la vida  
es un cristal herido por el hacha,  
de soles se ilumina, falsos soles  
que ciegan, sin querer, mis esperanzas.

A tu nombre mis ojos y mis brazos  
en oración, Dios mío, se levantan,  
que quisieran tocarte como el árbol  
te toca en primavera con las ramas.

II

Escucharte de azul amanecido  
por esta lejanía solitaria,  
que caminos se cortan y aparecen,  
aunque lejos, detrás de las montañas.

Escucharte, Señor, dentro, en mi sueño,  
tu voz sobre mi voz en lluvia plácida,  
beberte el aire, tan querido y dulce,  
jugo amoroso en flor, de tus palabras.

Te veo cada día, cada noche,  
en todos los instantes pues me labras.  
Pero, Señor, si intento yo cogerte  
eres la luz que de mi mano escapa.

Crece en mi sed el ansia por quererte  
y la lengua se me hace pura llama.  
Esta pasión por tí, que a tí me lleva,  
es cofre abierto de palomas blancas.

Si—viento—intento olerte  
como un perfume por el cielo pasas.  
Y yo me quedo en mis instintos, solo,  
temblando y loco, bajo costra amarga.

Jesús DELGADO VALHONDO

# ASI LO CUENTAN LAS VIEJAS...

(TRADICION)

*Para don Enrique Montenegro,  
con cariño.*

Del amor... capricho fué.  
Por eso sacó su manto:  
era de armiño bruñido,  
y reflejos nacarados.  
¡Guapísimo estaba Gredos,  
con el turbante tan blanco!

\* \* \*

Por cierto lo doy; pues cuentan  
que una Sultana del Darro,  
—nacida en el «Albaicín»—  
vino hasta aquí en su caballo.  
—«¡Por Alá!—dijo extasiada  
a don Gredos contemplando—  
En toda mi morería  
no hay un mozo tan gallardo,  
y si tú quieres te doy  
mi palabra de casarnos».

Una triste historia cuenta...  
que el galán no ha contestado.

\* \* \*

La Sultana se acicala  
y anda al mozo requebrando;  
cristiano es Gredo y la mira  
compasivo y humillado.  
Ella, arde en sus amores;  
él, váse ya enamorando.  
Si la llevó o no a la Iglesia,  
es secreto del arcano.

\* \* \*

Murió la Sultana un día  
a sus plantas suspirando;  
Gredos, besóla rendido  
en la albura de su manto,  
y sobre su efigie yerta...  
¡juró de no ser casado!

\* \* \*

Así lo cuentan las viejas  
de estos contornos serranos,  
y dicen que moro es Gredos  
aunque naciera cristiano;  
porque ven que en el invierno  
la arropa en su manto blanco,  
y el «turbante» se coloca  
como en recuerdo sagrado.

J. RAMOS APARICIO.